

El invento

DEL SIGLO

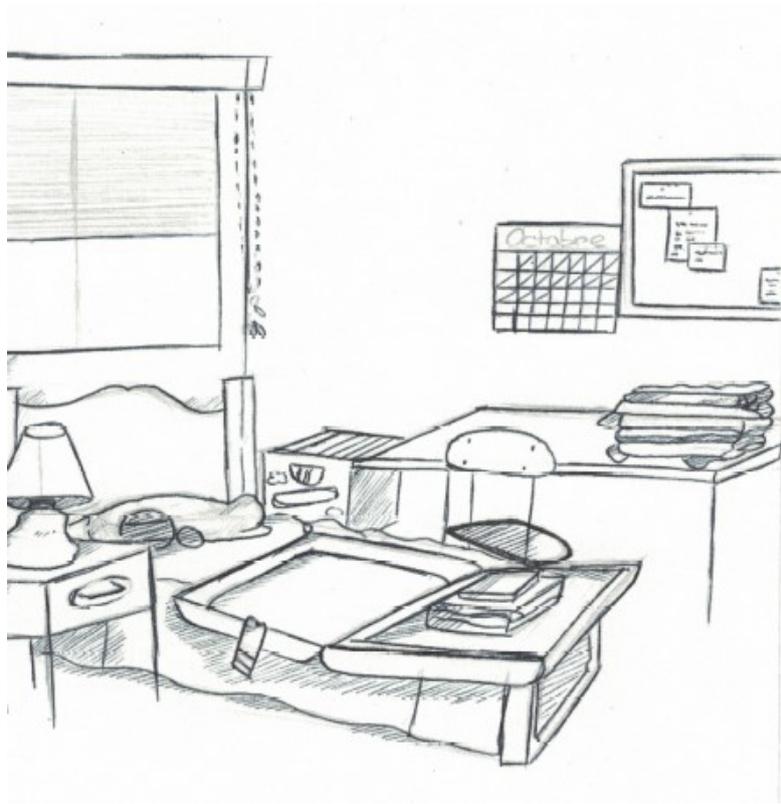




«La ciencia siempre vale la pena,
porque sus descubrimientos, tarde o
temprano, siempre se aplican»
(Severo Ochoa).

Capítulo I

Esta historia comienza concretamente el día 16 de octubre en una casa de madera donde vivía Cupido Meucci, un flamenco que cumplía sus 18 años. Ya era mayor de edad, pero Cupido en vez de estar emocionado ya que por fin se convertía en un flamenco adulto, estaba triste porque dentro de poco se tenía que ir del país y no tenía forma de comunicarse con su familia.



Cuando Cupido se estaba preparando la maleta, triste por la idea de tener que separarse de sus seres queridos, se puso a pensar, y pensó y pensó hasta que se le ocurrió una maravillosa idea. Un aparato que pueda hacer que los flamencos se puedan comunicar a larga distancia para escuchar sus voces y sentirse más cercanos entre ellos.

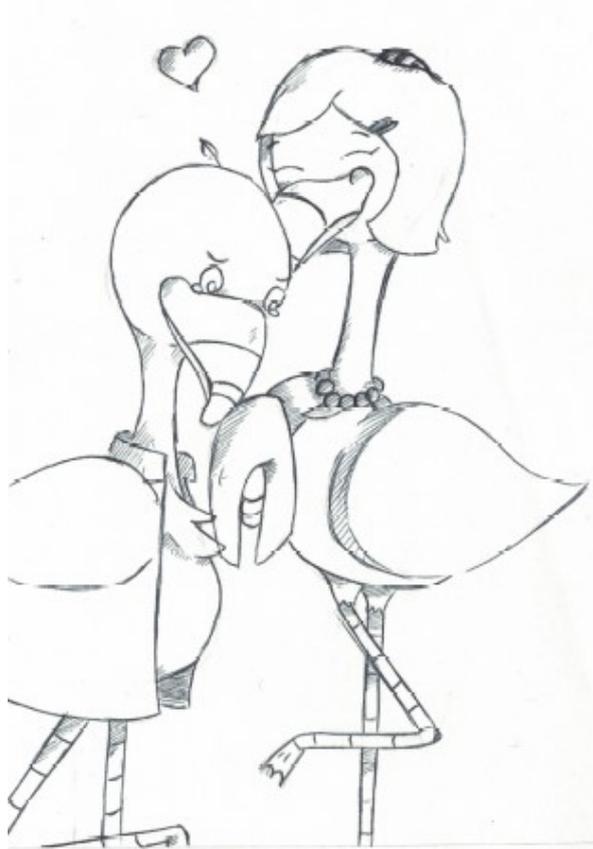
M → - - O → - - - R → • - • S → • • • E → •

Él sabía que existía un aparato llamado telégrafo, con este aparato se podría comunicar con puntos y rayas, pero eso no era lo mismo que escucharlos. La tristeza se podía notar en el rostro de Cupido. De repente, su madre apareció por la puerta y consoló a Cupido, diciéndole que no estuviese triste ya que iba a empezar una nueva etapa de su vida.

Él sonrió forzando el gesto.

La madre se acerca para darle un caluroso y reconfortante abrazo y le ayuda a preparar la maleta. Al acabar, le da un beso en la mejilla

a su polluelo para luego retirarse a preparar la cena.



Cupido, sentado en la cama, aún seguía preguntándose cómo podría comunicarse con su familia tras mudarse. Al mirar los botones de su chaqueta favorita, colgada en el armario de su habitación, le vino a la mente la

palabra «teclas». Cupido estaba inmerso en sus pensamientos hasta que su madre lo llamó para la cena.

Cinco minutos después...

El flamenco estaba cenando y al acabar, agarró de postre un plátano. Al verlo fijamente se dio cuenta de la forma que tenía en particular y, tras unos minutos, la madre lo mira extrañada.



—Cupido ¿qué haces?

—¡Eureka! —La madre es interrumpida por un grito positivo que significaba que había encontrado la solución a su problema.

Rápidamente, el «flaminmuchacho» deja el plátano y se va a su cuarto, allí planifica cómo será el invento del siglo.



Tras unas rápidas prácticas y fallos comunes, finalmente lo logró.



—¡Por fin podré hablar con mi familia mientras estoy en otro país! —exclamó contento, y sin saberlo había inventado uno de los superaparatos más

«flamimportantes» de la historia.

Al día siguiente ya tenía dos teléfonos, uno para él y otro para su familia. Cupido agarró el teléfono y las maletas para irse al aeropuerto y allí se despidió de ellos.

A partir de ahora, «la flaminfamilia» ya podía hablar todas las noches y contarse sus vivencias.

Capítulo II

Cupido, al salir del país, se fue directamente al pequeño departamento de la Universidad que le habían ofrecido en América, Harvard. No era sorprendente, ya que Cupido era un flamenco brillante. Allí conoció a Paula Otlet, compañera de la carrera de Tecnología de la Información.

El aula era grande y acogedora, y todos los estudiantes estaban encantados con su profesor Sancho el flamenco. Un día,

Sancho llegó a clase con la buena noticia de financiar el proyecto de aquel alumno/a que mejor invento desarrollase. Cupido Meucci dio la mejor idea, el flamenquito era tan rápido pensando, que tuvo la ocurrencia de aprovechar el invento que ya tenía su compañera Paula, el Wifi, y juntarlo con la suya para crear nuevamente el invento del siglo.

Llegó el día de exponer los trabajos y, cuando Cupido salió a la pizarra a presentar el suyo,

todo el mundo se puso a aplaudir menos una flamenca, Paula. Al salir de la universidad, ésta le dijo a Cupido que se había aprovechado de su proyecto sin su permiso. Cupido la miró y la ignoró y, frustrada, se marchó a casa.

Al día siguiente, Cupido se presentó en clase con traje y corbata pensando que ya le iban a financiar ese proyecto. Todos murmuraban a sus espaldas y, al

sentarse, el profesor Sancho se acercó y le dijo:

—¿Por qué has robado el proyecto de Paula? Utilizar material que no es tuyo es robar.—Cupido no supo qué contestar y el profesor se volvió a dirigir al flamenco de nuevo—. Habrá que tomar parte en este asunto si no se llega a una solución.

El «flaminmuchacho» se marchó a casa pensativo, la idea de que Paula pudiera estar triste le

hacía sentirse culpable, demasiado culpable quizás... De repente, sonó su teléfono, era su madre y no tenía buenas noticias. Había estado en su revisión para conocer los resultados de sus dolencias y venían causadas por una grave enfermedad, además estaba tan avanzada que sólo le habían dado 3 meses de vida pero, lo peor es que la única alternativa posible era un tratamiento muy caro y que no podría permitirse.

Cupido, muy triste, colgó el teléfono y salió al patio de la universidad. De repente, apareció Paula que, al verlo en ese estado, pensó que era porque la idea de su proyecto había tenido consecuencias.

Ambos flamencos comenzaron a hablar y Cupido le contó su preocupación por su madre. Paula quedó totalmente apenada y no supo qué decirle a su compañero para poder consolarlo.

Pasaban los días y Cupido no asistía a clase, no tenía ánimo y su cabeza no dejaba de pensar buscando y buscando una solución, ¡no podían darse por vencidos! A su mente venía la idea del proyecto, se sentía mal por Paula pero, ahora que su madre se encontraba enferma, aquel invento era la mejor opción.

Al día siguiente por fin regresó a sus clases, debía disculparse con Paula y hacerle entender que ahora más que nunca necesitaba

aquella beca. La conversación empezó bastante cortante, pero al cabo de un rato consiguieron sentirse tranquilos y Paula entendió a Cupido, dejando todo su rencor a un lado; le dio un cariñoso abrazo y le hizo sentir que todo estaría bien.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? —preguntó Paula—. Si realmente necesitas el dinero para salvar a tu madre, te cederé gustosamente mi proyecto del wifi para mejorar tu móvil.

Cupido se quedó sorprendido cuando vio que tenía a Paula de su lado. El flamenco no tenía a nadie en aquella ciudad y la amistad de su compañera le hacía sentirse muy especial.

De nuevo, la mente brillante de Cupido le brindó una idea: si juntaban ambos inventos para hacer un móvil inteligente y se aliaban como socios, podrían compartir las ganancias; al fin y al cabo, sería lo más justo para

ambos. Paula aceptó la idea entusiasmada.

Los dos flamencos se pusieron en contacto con Sancho, su profesor, quien aprobó de inmediato la fantástica alianza y se alegró de que aquella disputa se hubiese resuelto. Pidieron la beca y, al cabo de unas semanas, la misma les había sido concedida.

Pasaban los días, e inmersos en el proyecto, los cálculos iban y venían: aciertos, borrones,

aciertos de nuevo y más que borrar...



Prácticamente vivían en la universidad, pues el tiempo jugaba en su contra.

Después de 3 meses...

¡Saltos de alegría! ¡Jolgorio! ¡Risas y abrazos! ¡¡Aquel Smartphone funcionaba!!...

Ring... ring... El teléfono de Cupido sonó de repente rompiendo toda la magia. La llamada del hospital dejó helado al flamenco. No eran buenas noticias. La enfermedad de su madre estaba tan avanzada que todo apuntaba a que no había vuelta atrás. Los jóvenes abrieron la ventana de la clase, desplegaron sus alas y pusieron rumbo a España. Días de

vuelo sin apenas descanso. No había tiempo, ¡tenía que ver a su madre!

— Habitación 125 — dijo la recepcionista.

Los flamencos corrían y corrían desesperados por el pasillo. Al llegar a la habitación, el doctor les esperaba en la puerta con una triste mirada.

— Lo siento mucho Cupido, no hemos podido hacer nada más...

Y el chico, abatido, se acurrucó en los brazos de su amiga buscando consuelo.

La Laguna Rosa brillaba esa mañana. Familiares y amigos se habían reunido para despedir juntos a su madre.

«Mamá... fuimos tan felices todos estos años en esta laguna, nuestra laguna, nuestro hogar...» Cupido miraba al cielo dedicando un beso y añorando tantos momentos que ahora, formaban bonitos recuerdos.



«Teníamos una esperanza
mamá... había diseñado algo tan
bueno...». Cupido lloraba
impotente.

Al regresar a la universidad,
todos sus compañeros les
recibieron con una calurosa
bienvenida. A lo lejos estaba

Sancho quien, mostrando todo su apoyo, tenía algo que comunicarles.

—Chicos/as, el día que os marchasteis pasé por el aula taller y vi los planos con todos los cálculos en la mesa. También vi vuestro teléfono inteligente. Me pareció tan bueno que decidí enviarlo para la financiación y...
ataos bien fuerte las plumas a las alas... ¡han nombrado vuestro proyecto como el Mejor invento del Siglo!

Al cabo de unos meses, el Smartphone ya estaba presente en todo el mundo. El éxito había sido tal, que las enormes ganancias fueron destinadas a una asociación para la investigación contra el cáncer. Sólo dos meses después, Cupido pidió matrimonio a Paula para así ser felices y comer artemias. La boda se celebró en la laguna de Torre Vieja en memoria de su madre.

Tuvieron tres hijos: Albert, Isaac y Stephen, que algún día harán historia para ayudar a toda la fauna.

FIN

Autores

Alumnos/as 3º Pmar

José Antonio Andreu Belijar, Patrick Arroyo Collard, Francisco Javier Ballester Marti, Noelia Nicol Cornejo Callas, Sonia Cuenca Alonso, Fernando García Curto, Antonio López Sánchez, Elena Miñana González, Juan Antonio Miñana González, Alejandro Muñoz Pamies, Miguel Ángel Peña Cabal, Alejandro Pérez Martínez.

Alumnos/as 4º PR

Gabriella Coral Lorente, Valery Nicol Díaz del Carmen, Alba Fonseca Fernández, Ariadna Freixa Albaladejo, Sara Hernández Sansano, Osasogie Igbinomwanhia Ehigie, My Oghomwen Igbinomwanhia Ehigie, Blanca Salvador Maturana, María Tolosa Alegre, Noemi Vera Meneses.

Colaboración y coordinación

Rubén Ortega Fernández
Noelia Martínez López

